

# CUENTO

## EL MILAGRO ...

**José Ángel Valle**

*Luego dijo a  
Tomás: "Trae acá  
tu dedo y mira  
mis manos; y  
trae tu mano y  
métela en mi  
costado, y no  
seas incrédulo,  
sino creyente".  
Evanglio según  
San Juan 20: 24*

Hay vivencias que marcan la vida del ser humano para siempre. Es así... Los hechos que le relataré, después de veinticinco años, saltan a la memoria y se proyectan ante los ojos tan dramáticamente que desplazan virtualmente el presente.

En un pueblito del norte de la Isla, acurrucado por el Atlántico y el río Manatí – me refiero a Barceloneta – ocurrieron estos hechos, allá para 1978. Aquel viernes llegué de visita a casa de mis padres, como solía hacerlo. *Cheo, necesito que me lleves a la Vuelta del Dos.* En aquel momento supe que tenía que posponer mis planes inmediatos, pues el tono de voz, la cartera bajo el brazo y la indumentaria que lucía, fueron

signos inequívocos de la voluntad de mi madre. ¡Cómo contrariarla!

Después del abrazo acostumbrado, nos aproximamos al *ñangara yití*. Mi madre no cesaba de hablar. Estaba poseída de un entusiasmo inusual. Se le podía notar en la expresión de su rostro y en aquel fluir de palabras atropelladas. Me contó detalladamente lo que “de oídas sabía”.

Milagrosamente surgió un ojo de agua del suelo a orillas de la carretera Número 2. Desde entonces, se hacía patente en el lugar un tipo vestido a la usanza de San Martín de Porres. Permanecía sumergido hasta las rodillas en las aguas claras que manaban y formaban una charca. Me contaba con entusiasmo, mi madre, que los pormenores de aquel suceso milagroso lo recogieron diversos medios noticiosos del país y hasta *¡muchacho!, si por televisión no se han cansao de hablar de eso y de los muchos milagros que ha habido... Hasta el Pastor el domingo en el sermón dijo a la Iglesia que esas eran cosas del demonio, ¡Dios lo reprenda!, que Belcebú tiene la facultad de hacerse pasar por lo que él quiera para engatusar a la gente, pero yo creo diferente, sólo Dios tiene el poder para hacer el bien.*

¡Asombroso! Llegamos. Aquél lugar, un tanto desconocido, estaba atestado de gente. A orillas de la Militar, a ambos lados, se estacionaron los vehículos dando fe del impresionante espectáculo que, “milagrosamente”, había reunido diversidad de individuos – increíble en otras circunstancias -. Desde el Ford de patitas hasta el Mercedes Benz, unos con bandera azul, otros con roja o verde; desde el cuatro por cuatro hasta el *trailer* gigantesco; todo como una gran orquesta cantaba al unísono con gran armonía al compás de la esperanza y los arpegios de la fe.

Como pude, me estacioné; y ya hacíamos ademanes de dirigirnos hacia el centro de atracción, cuando una mano se extendió reclamando la *pejetita* diz *que* para velar el carro.

Aún no salgo del asombro. Aquello se había transformado en una gran plaza increíble de turismo y mercado. Por aquí, a la derecha, el *hot dog* y el *hamburger*; muy cercano, el tentador pincho de cerdo, pollo o tiburón; por acá, a la izquierda, el rico mabí y la apetecida piragua del sabor que tú quisieras; más allá, la *guagüita* ofreciendo, entre otras cosas, la serenata. ¡Había que estar presente para creerlo! Una cadena de mesas artesanales se dio cita también en el lugar haciendo su agosto con *t-shirts* alusivas a temas religiosos y nacionalizándolos con la bandera monoestrellada; había también artesanías de santos, de los Santos Reyes, collares en peronías y camándulas, confiterías y muchos más.

Y, claramente, ante aquel cuadro tan abigarrado, no podía faltar el alcalde del pueblo, que con una sonrisa amplia y placentera saludaba con efusión, mirando de reojo al que juraba lo destronaría de la poltrona municipal.

Estaba absorto en mi contemplación de aquel cuadro tan pintoresco cuando surgió una gran algarabía. Nos acercamos a ver qué acontecía. Un hombrecito enclenque, como de unas sesenta pulgadas de estatura, agitaba sus manos hacia el cielo dando gracias a Dios; señalaba hacia el carro de ruedas y decía: “ya no necesito ese carro, estoy sano, puedo caminar...puedo caminar”; y el tumulto : “¡Milagro! ¡Otro milagro!”  
*Te lo dije, Cheo... Ayúdame, dale este pote para que nos lo llene de agua bendita.* Estaba confundido. Yo, un Santo Tomás, acababa de ver la herida en el costado de Cristo.

Tomé el pote y me acerqué al tipo San Martín de Porres. Debo señalar que no fue fácil la tarea, pues luego de lo acontecido, la gente hizo realidad la teoría de Darwin: sobreviviría el más apto. Levantando la bandera de la fe y el amor al prójimo, hubo empujones y forcejeo santo para aproximarse a tomar el agua bendita de manos del profeta. Él se persignó, hundió el frasco en el agua, luego lo elevó hacia el cielo, musitó no sé qué cosa, lo besó y me dijo: “Gracias por creer”.

Aturdido por la experiencia, le pedí a mi madre que regresáramos al hogar. Ya de camino, ella hablaba con euforia de lo acontecido. Yo permanecí cayado todo el tiempo. Cuando llegamos, mi padre nos recibió con una sonrisa burlona y aquellas palabras que jamás olvidaré: “Ya sé de dónde vienen. ustedes... también cayeron de bobos con P. ¿ Saben cuál es la verdad? Eso que pasa en la Vuelta del Dos es un tubo del agua que se rompió; y el santo de embuste ése, que no sabe ni lo qué dice, es un loco de Manatí que en su locura se viste de San Martín de Porres. Si se acercaron a él, sentirían el olor a meao porque se orina encima, ja...ja...ja...”

Mi madre me haló por un brazo porque *Toño era un incrédulo que no creía ni en la luz eléctrica*. Después de tomar un vaso de aquella “agua bendita del pote”, me ofreció a mí. Le dije que no la necesitaba porque yo estaba bien de salud – una mentirita blanca. Repentinamente, y para mi asombro, mi madre cayó de rodillas dando gracias a Dios. *Mira, Cheo, el sobrehueso que tenía en la mano ha desaparecido. ¡ Es un milagro!, ese hombre es un santo*. Tomé su mano, la observé cuidadosamente y era verdad lo que me decía. Yo la había llevado a un ortopeda y le habían dado cita para operarla. Me quedé sin palabras...

Regresé a mi casa, le conté, con lujo de detalles, a mi esposa e hijos, las vivencias de aquella tarde, como si me las hubiese estado contando a mí mismo porque aún no podía asimilarlas intelectualmente.

¡Pero qué sorpresa! A los dos días de lo antes relatado, me visitó mi padre para ponerme al tanto de las últimas noticias sobre el San Martín de Porres y el milagroso manantial recién aparecido. “Cheo, ¿te recuerdas lo que te dije? Arreglamos el tubo, (Olvidé decirle que mi padre trabajaba en la Triple A) y ya desapareció el manantial y parece que un platillo volador se llevó a San Martín de Porres”. Me le quedé mirando como petrificado...

Después de 25 años aún me roba el sueño aquella experiencia. Yo vi, con mis propios ojos, abandonar la silla de ruedas a aquel hombrecito enclenque. Yo palpé la mano de mi madre y ya no estaba el sobrehueso. Y aquellas palabras del tipo aquel: “Gracias por creer”.